RIDAA
Repositorio Institucional
Digital de Acceso Abierto de la
Universidad Nacional de Quilmes

Universidad
Nacional
de Quilmes

Terán, Oscar

þÿErnesto Galli della Loggia, L i

Bologna, il Mulino, 1998, 171 páginas

Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Argentina.
Atribución - No Comercial - Sin Obra Derivada 2.5
https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar/

Documento descargado de RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes de la Universidad Nacional de Quilmes

Cita recomendada:
þÿTerán, O. (2005). Ernesto Galli della Loggia, L identitá italiana, Bologna, 9(9), 273-282. Disponible en RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes http://ridaa.unq.edu.ar/handle/20.500.11807/2293

Puede encontrar éste y otros documentos en: https://ridaa.unq.edu.ar

Universidad Nacional de Quilmes
Roque Sáenz Peña 352 // Bernal
Buenos Aires // Argentina
t.: (+41 11) 4365 7100
f.: (+54 11) 4365 7101
info@unq.edu.ar

Ernesto Galli della Loggia
L'identitá italiana
Bologna, Il Mulino, 1998, 171 páginas

Ensayo sobre una difícil modernidad

Como prueba de que la indagación sobre la idiosincrasia nacional no es una manía exclusivamente argentina, en una colección dedicada a la identidad italiana –que el mismo autor dirige– se ofrece este ensayo de interpretación nacional. El texto se abre con el papel de la geografía en la configuración de la realidad italiana, dado que ella explica que se tornara en lugar de encuentro de diversas corrientes migratorias y culturales (Grecia, Bizancio, el mundo islámico, el cristianismo, longobardos, normandos, franceses, austríacos, españoles…) que definieron el extraordinario espesor de civilización y cultura de la región.

En el propio territorio, el papel divisorio desempeñado por la cadena apenínica fue leído por la conciencia romana más antigua como si la verdadera y auténtica Italia fuera la vertiente del Tirreno, mientras que la del Adriático quedaba relegada a una extraña lejanía. De todos modos, la principal diversidad de origen quedó instalada en la escisión entre Norte y Sur. Pero mientras la presencia catalizadora de Venecia y de Génova proyectaban al norte italiano hacia el mundo, aquella escisión fue ocluida por la imagen de una Italia pródiga y del "bel paese" por antonomasia, idea de país-jardín de Europa que sigue resonando en Rubén Darío –recuerda Galli– cuando escribe que recorrerá la península "como un ave sobre un jardín".

Lo que no se veía era que, fuera de los palacios de las ciudades y de la Iglesia, se extendía la pobreza, cuyo epicentro se ubicaba en el Mezzogiorno, donde a la indigencia campesina se le sumaba una imponente y miserable plebe urbana en Nápoles. Esa pobreza campesina permanecerá hasta la mitad del siglo XX, y dejó numerosas improntas, como aquélla de la consagración de San Francisco de Asís en tanto "poverello di Dio" y patrono de Italia. A juicio del autor, dejó también como beneficio secundario el desarrollo de destrezas muy italianas para "arreglárselas" con los propios recursos; cuna de esa clásica picardía ("furberia") italiana, aunque también del "maquiavelismo" de su clase dirigente. De manera análoga, también su historia de múltiples invasiones e intercambios culturales habría producido una gran capacidad de adaptación, una plasmabilidad y receptividad, una propensión al sincretismo, una movilidad del espíritu, una disponibilidad para imaginar e inventar que pueden ser considerados en conjunto como "un rasgo de la identidad del país" (pp. 21-25).

Estas circunstancias geográficas e históricas de larga duración ofician de trasfondo para la inquietud que motoriza y articula el ensayo en clave identitaria: la pregunta por las razones del fracaso de la incorporación de Italia a la modernidad. Este fracaso ya no lo explica la geografía sino los aportes de otras disciplinas sociales, y la historia así como la ciencia política resultan seleccionadas para indicar las dificultades estructurales de la península para la implantación de algún tipo de hegemonía. Pero si de marcas históricas profundas se trata, las fundamentales en términos de construcción de la identidad son las heredades latina y católica. Esta última estableció una relación tenaz y profunda con el mundo popular campesino, y la fe cristiana representó por muchos siglos el único lazo efectivamente común que determinó "rasgos decisivos de la visión del mundo, del sentimiento de la vida, de la sensibilidad moral y del gusto" (p. 45).

También en esa larga tradición la ciudad organizada según el modelo comunal representó un elemento crucial. Si bien la impronta oligárquica impregnó la vida de las comunas, y el "destino político de la ciudad y el destino personal se ligaron y coincidieron", también por esta

vía se formó una cultura cívica, articulada a su vez con el culto religioso y con el arte italiano de las catedrales y de las artes plásticas.

Sobre ese denso escenario histórico se jugó el drama de la modernidad italiana, condensado en el fracaso experimentado en la construcción del Estado, al cual Galli della Loggia dedica la parte sustantiva del ensayo. Argumenta así que, en principio, el extraordinario policentrismo de las soberanías citadinas determinó la cesura entre la identidad italiana y la identidad nacional, esto es, la escisión entre el modo de nacimiento del Estado nacional y el pasado histórico del país. El regionalismo conservó así en los diversos dialectos la marca de aquel pasado construido a lo largo de siglos, poniendo de relieve la importancia fundamental de la "patria singular".

La unificación de 1861, por el contrario, se realizó prescindiendo de toda patria chica, al par que el eje Torino-Nápoles conformó la alternativa histórica a la Italia de la ciudad y definió el eje de la estatalidad. Pero los movimientos políticos dominantes luego de la unificación (catolicismo político, fascismo, comunismo) no priorizaron dicho eje e insistieron en el regionalismo de la tradición comunal. Fuere porque la élite septentrional estuvo demasiado atraída por la lucratividad de su territorio, o porque la estructura local le impidió ver el Estado, lo cierto es que a lo sumo le asignaron una función ancilar en cuanto dispensador de favores y prebendas. Como resultado, el policentrismo de la modernidad italiana instalado en el área centro-septentrional no llegó a "devenir Estado", por su incapacidad pero también por la resistencia pasiva del Mezzogiorno. Por todo ello, animada de virtud cívica y laboriosidad, nutrida de una red asociativa y de respeto profundo por las instituciones de la colectividad y de sus reglas, Milán –como condensación de la modernidad italiana– aparece recurrentemente tentada por la utopía de una total reducción de la sociedad política a la civil, siempre bajo la insignia de la productividad y la buena administración. Por otra parte, también Roma interviene en el fallido encuentro entre política y Estado, dada su incapacidad para ejercer el rol centralizador. No ha podido en efecto imponer una hegemonía político-cultural, ni traducir en términos nacionales los estímulos provenientes de las diversas regiones.

En suma, la Italia nacida en 1861 no podía encontrar en la historia del país los materiales con los que construir el Estado ni menos una tradición de mando centralizado y de eficiencia administrativa con la cual mantener unida a la nación. Como consecuencia, una modernidad con poco Estado y baja estatalidad fue necesariamente sometida en gran medida a la sociedad, constreñida a acoger e incorporar toda la viscosidad, el retraso y las contradicciones de la esfera social. En ese panorama, la política –tanto su pensamiento como sus prácticas y sus agentes– pretendió alimentar todo el estatismo necesario y toda la ideología modernizadora deseable, pero lo que de esto se derramaba hacia el tejido social era lo que la sociedad conseguía por sí sola rumiar y metabolizar sobre la base de sus propias exigencias y deseos. Entonces, al depositarse sobre una sociedad molecular y múltiple, aquellos impulsos de la política se transformaban con facilidad en corporativismo, familiarismo, evasión fiscal, ilegalidad de masas y otros males análogos.

Como contrapartida, la esfera política se obstinó en relanzar una y otra vez su proyecto original, siempre expuesta a una deriva estadocéntrica, aun cuando solamente en teoría. A ello se debe que la política, lejos de colocarse en el terreno de la operatividad, lo hizo en el de la ideología. Porque en la práctica la sociedad se encargaba cada vez de dirigir hacia sus propios fines particulares "el estatalismo sin Estado de la política", olvidando los objetivos unitarios y privatizando sus efectos. La identidad italiana contemporánea se modeló en el fondo de esta relación casi atormentada y contradictoria entre modernidad, política y dimensión estatal.

En otro registro aun más polémico, Galli indica que desde 1861 debe señalarse una doble ausencia: de una verdadera élite burocrático-administrativa, y de una cultura y mentalidad de tipo conservador. Esa élite fruto de una eticidad de servicio al Estado ha defeccionado, y con ello imposibilitó la formación de un grupo social que no se atara de algún modo a la política de partido. No se

desarrolló por ende una cultura estatal, de los intereses generales y de su tutela, de las leyes y de la imparcialidad procedimental: una cultura opuesta a la inevitable arbitrariedad de las decisiones políticas.

Ausencia de una élite administrativa, cultural y social autónoma, y escasa incidencia del mérito y de la dimensión del rango contribuyeron a definir otra característica de la experiencia italiana: la falta de un polo efectivo de signo conservador, íntimamente liberal y nutrido de escepticismo y tolerancia. Este fenómeno remite a un fuerte condicionamiento histórico: era muy difícil que un Estado-nación formado por vía revolucionaria pudiese permitir el surgimiento y aceptar la legitimidad de una posición política realmente conservadora.

El origen reciente del Estado, el carácter heteróctono de sus instituciones, su ausencia de ligazón con la tradición, su naturaleza política e ideológicamente revolucionaria, todo ello, junto con la ausencia de un rasgo conservador, explica un aspecto muy importante de la experiencia unitaria: la fallida trasformación de la antigua oligarquía en una nueva élite nacional. Ya que, constituido el nuevo reino, los notables urbanos fueron más propensos a aceptar las oportunidades que la política representativa les ofrecía –senadurías, diputaciones...– que a dejarse atraer por la carrera administrativa del Estado. El hecho es que la política llegó a representar por antonomasia el poder, y la oligarquía antepuso mantenerse cerca de él a la posibilidad de continuar desempeñándose como dirección de la sociedad. Jugada enteramente a la política, no controlada por ninguna cultura de Estado y privada de una posición conservadora, se encontró sin filtros ni mediaciones ante una sociedad corporativizada, oligárquica y geográficamente segmentada.

La contracara de esta débil o inexistente estatalidad ha sido la ausencia de la política, pero ahora en el sentido clásico de atención a la polis. En cambio, la política realmente existente se ligó siempre con una dimensión de exclusivo poder para fines particulares como apropiación y distribución de recursos públicos. De esa manera, un uso masivo de la política ha sido el del acceso a la obtención de un estatus social tradicional (convertirse en un aristócrata o un burgués), y el enorme relieve de la política ha producido una práctica amarrada al propio poder autorreferencial, y por ende separada de todo saber autónomo de la estatalidad.

Nacida de una revolución desde arriba –o sea, de la más típica y fuerte de las decisiones políticas imaginables–, Italia recibió el impulso perverso de la hiperpoliticidad. Y es que la política surgió dotada de un poder demiúrgico y llenó los huecos adonde no llegaba la historia. Las instituciones fueron asimismo importadas por decisiones exclusivamente políticas, con lo cual resultaron casi artificiales. De tal manera, la identidad italiana (como la de otros países pobres y de origen revolucionario) se construyó sobre la piedra angular de la política entendida como animadora de pasiones y dadora de recursos; pasiones y recursos que han significado para muchos italianos su vía de acceso a la modernidad. Así, desde 1861, subir a un tren, reflexionar sobre los hábitos de vida, leer un libro, han estado ligados con la política, pero la política separada del Estado y de las instituciones, y también de una cultura cívica y de atención a las reglas y procedimientos. El Estado, las instituciones y el propio *ethos* permanecieron extraños, y generaron uno de los rasgos más viejos de la antropología italiana: la propensión a la pertenencia circunscripta al grupo, al clan, a la facción. En esto consistió el involucramiento político en Italia: un modo de afirmar la pertenencia, por trazar una línea neta entre un ellos y un nosotros. Para muchos italianos ser comunista o fascista ha sido así la confirmación de una solidaridad, la esperanza de un pequeño beneficio, un modo de defenderse, la consecuencia obligada de un vínculo personal.

Desde su unidad, entonces, una frase sintetiza un rasgo central de la vida italiana: "mucha política y poco Estado, mucha ideología y poca cultura de Estado" (p. 143). Si lo que distingue a la sociedad moderna es su carácter formal-convencional, es decir, el conjunto de reglas y de comportamientos aceptados por la misma sociedad, su modelo remite a aquellos países donde, al menos tendencialmente, el individuo se forma sin vínculos con la trascendencia ni con pertenencias tradicionales como la familia, ni con el territorio ni

con la actividad laboral. La opinión pública, como consecuencia, no se constituye en el hogar ni en la corporación, ni en la vecindad o la confraternidad. Pero ante la falta de una estatalidad fuerte y la ausencia de la idea de interés común, la familia y el linaje adquieren predominio, aplastando cualquier perspectiva de libre formación del individuo y de una sociedad fundada sobre las cualidades personales y sobre el mérito. De allí esa suerte de doble rostro del italiano: individualista, en tanto el individualismo es la expresión más pura del inmediatismo y la espontaneidad, y al mismo tiempo amante del grupo cerrado (familia, corporación) dominado por reglas tradicionales. Aquí lo que permanece vacante es el rol del individuo como titular de derechos naturales, la sociedad civil como expresión originaria y prioritaria de la vida colectiva, la concepción del Estado como fruto en cierto sentido artificial y voluntario de un contrato, y subordinado a esta sociedad.

Ese lugar ha sido llenado por la estructura familiarista, de la cual no se ignoran las enormes capacidades que ha revelado para funcionar como célula productiva y sostén de la vida cotidiana de un gran número de personas. Esa familia monogámica reunida en torno de la autoridad de un *capo* ha rendido de modo ejemplar su examen en el campo económico, con la Fiat como paradigma. Pero de esta manera el individuo permaneció al margen de la abstracción de las relaciones formales, instalando siempre un lazo de base personal. Familia, oligarquía y corporaciones ilustran por ende aspectos centrales de la identidad italiana, y tienen el elemento común de constituir otras tantas fuentes normativas autónomas y sectoriales, ligadas con las situaciones particulares del individuo. Esto es, nítidamente diferenciada de la fuente normativa de ámbito generalísimo que acarrea el Estado moderno. Cada individuo deviene así un lugar aparte, con valores y normas válidas para él solo. En consecuencia Italia será tierra de individuos como pocas, pero de individuos con serias dificultades para devenir ciudadanos, que pagan así el precio de la ausencia del Estado como referente natural y obligado de la ciudadanía.

Finalmente, si ese Estado de baja estatalidad ha determinado ese hiato entre vida social de los particulares y de la comunidad por una parte y del Estado político nacional por la otra, es preciso concluir que el Estado unitario ha hallado en Italia límites infranqueables en la sociedad civil y en la sociabilidad fundada en el particularismo, tanto geográfico como socio-cultural. Puede concluirse así con suficiente exactitud dónde se ha producido *la verdadera* ruptura entre la identidad política italiana y la modernidad: en el ámbito de la ideología y de la construcción estatal.

Si ése es el hilo central del ensayo de Galli della Loggia, existe otro estrato argumentativo de interés referido a la relación entre intelectuales y Estado-sociedad en Italia, vinculado con el rol central que desempeñaron los intelectuales en la formación de dicha identidad. Un primer déficit de ese desempeño es atribuido históricamente por el autor a tres factores: la decadencia de la universidad bajo el peso de la Iglesia de la Contrarreforma, la extrema debilidad de la enseñanza formal traducida en el abrumador porcentaje de analfabetismo, y la incapacidad de la cultura letrada para organizar intereses y emprendimientos sociales y nacionales. A mediados del siglo XIX Italia era así un país sin gramática ni vocabulario, sin historia, sin mapas, sin ninguno de los elementos necesarios para conocerse y entenderse a sí misma y al mundo.

Por lo demás, si la compleja relación entre Iglesia y Estado es quizás el elemento que más ha contribuido a modelar la identidad político-ideológica de la península, el predominio de una cultura antieclesiástica en el ámbito de los intelectuales laicos implicó una fractura con la mayoría de los italianos. Dentro de aquel mundo intelectual habría surgido así la idea de las "dos naciones": la "mala" de los simples y la "buena" de cuño ilustrado, de la cual los intelectuales se consideraron parte para legitimar una élite con funciones pedagógicas, "una minoría de extranjeros profetas en su patria y representantes autorizados de esa misma patria".

Por su parte, la Iglesia ratificó la separación entre intelectuales y pueblo, empujando a los intelectuales laicos a concebirse como una suerte de antiiglesia y a contraponerse a aquel otro cuerpo organizado de

intelectuales que son los clérigos. En una relación especular invertida, la identidad popular se configurará de tal modo dentro de un sentimiento de desconfianza hacia los saberes cultos, tenidos por funcionales a la opresión de los de abajo. Esta creencia tenaz dará lugar al ilegalismo y a una difusa concepción anarquizante ante la ley y el Estado.

Por otro lado, se rechazó una cultura política ligada con los saberes técnico-científicos e implantada sobre espacios institucionales, y se afirmó otra concebida más cerca del arte que de la ciencia. De tal modo cobró predominio en la elaboración de una identidad política el papel de los intelectuales *letterati*, extraños por formación –considera Galli– a la perspectiva de la modernidad y críticos de la misma. Éstos han sido los principales productores de una ideología identitaria nacional y han reforzado su permanente complacencia en el "anti-italianismo", formulando aquella visión del país como de dos naciones incompatibles y luciendo siempre dispuestos a lanzar una mirada despiadadamente pesimista sobre Italia para reivindicar de paso un elitismo heroico. Por fin, por la antes indicada omnipresencia de la política, y salvo la excepción de Croce, no ha habido en Italia personalidades que hayan tenido éxito en afirmar el propio prestigio intelectual y usarlo en una dimensión genérica de liderazgo sobre la sociedad sin pasar por los canales de la política.

De todas maneras, el ensayo se cierra con menos escepticismo del que su desarrollo argumentativo permitiría concluir. Porque, a pesar de todo, "el difícil 'nosotros' de los italianos" puede confiar en que Italia es una galaxia que sin embargo compone un conjunto. Al fin y al cabo, cuna de la latinidad y sede histórica del cristianismo católico, por ello Italia no ha estallado en una multiplicidad de regiones, sino que ha conservado "un nombre, una imagen y un sentido de sí misma como de un todo sustancial"...

Sintetizar esa experiencia múltiple con aquel fondo histórico bajo una forma moderna es la difícil obra de síntesis que la identidad italiana está llamada a realizar. Para ello sirven el Estado y las clases dirigentes, encargadas de componer y organizar las múltiples formas de la "simple" identidad italiana en una moderna compaginación puesta al servicio de la salvaguarda del individuo, de la tutela del interés general y del respeto de la ley, para fundar aquella patria que ahora falta.

De tal modo se cierra este ensayo de interpretación nacional, que decide no instalarse ni en el terreno del esencialismo del ensayo dominante hasta la Segunda Guerra ni en el de la deriva posmoderna. Persiste en cambio en su confianza en las inspiraciones de las ciencias sociales, colocando a la historia como guía para la intelección de la construcción de la identidad italiana. Realmente estimulante por el modo argumentado en que desarrolla su narración, ofrece ciertos módulos para la reflexión de las formaciones nacionales (y sus respectivas autorrepresentaciones) en ese espacio complejo construido por el triángulo Estado, sociedad y cultura, aun cuando dentro de una circunscripción histórica que algunos han señalado como anacrónica por la prolepsis según la cual Italia es anterior a Italia, esto es, al Estado-nación unificado sólo en 1861.

La claridad expositiva del libro permite sin dificultad determinar que buena parte de sus argumentaciones están articuladas desde una posición liberal-conservadora reactiva a la perspectiva hegeliano-jacobina (proclive al uso del comando político para animar y revigorizar la conducción estatal), y suspicaz ante el papel de lo político como elemento instituyente y no sólo traductor y filtro de pulsiones que provienen de la historia, la cultura o la sociedad. Resulta entonces comprensible que se encarnice contra esa importación de instituciones que en el terreno de la historia intelectual ha sido polemizada como la problemática de "las ideas fuera de lugar". Se reabre en esa instancia la polémica teórica y la necesidad de indagaciones para determinar cuán exitoso resultó en cada espacio nacional ese ingreso traumático en la modernidad.

Oscar Terán
UNQ / UBA / CONICET